

El suicidio según Kleist

Ariel González Jiménez

Albert Camus escribió alguna vez que “no hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio”. Ariel González se sumerge en el caso del poeta y dramaturgo Heinrich von Kleist (1777– 1811), cuyo suicidio, junto con el asesinato de su musa, aún hoy nos sigue cuestionando y conmoviendo.

Si los suicidas constituyen un género, Heinrich Wilhelm von Kleist aparece como uno de sus más decididos, intensos y lúcidos representantes. Muchos hay que sucumbieron a la desesperación, pero Kleist entrega la vida —arrebátandose primero a su amiga Adolphine Vogel, a quien él llamaba Heinriette— con absoluta premeditación. Muchos otros sólo sufrían; Kleist pensaba. Sus ideas ante la época que le toca vivir y la percepción que tiene de la existencia misma oscilan entre la furia y la tristeza, ambas debidamente moduladas por una suerte de frialdad romántica, si bien él no es precisamente un romántico.

El 21 de noviembre del año pasado se cumplieron doscientos años de su suicidio, uno de los más cuidados y planificados de la historia (no fuera a pensarse que se trataba de un arrebato, de un tropiezo que deviene abismal caída). Michel Tournier lo ha reconstruido magistralmente en *Kleist o la muerte de un poeta* (incluida en la edición de *El terremoto de Chile*, Atalanta, 2008) bajo una consideración inapelable: la historia de su muerte “está asentada en los sumarios de la policía, las declaraciones que constan en actas, las cartas embargadas, las gacetillas de los periódicos. Todo comentario parece superfluo”. Y son todos estos documentos los que Tournier va mostrando como un juego de naipes frente a la amarga realidad que siempre exige su resto al jugador —quien a su vez debe estar dispuesto a darlo todo.

Después de la compilación de Tournier apenas si hace falta, efectivamente, algún comentario. No obstante, es necesario entresacar los principales pasajes de ese itinerario suicida que ahora evocamos.

EL DOLOR

En carta a su querida prima Marie von Kleist, nuestro escritor, nacido el 18 de octubre de 1777 en la ciudad de Fráncfort del Óder, en eso que se conocía como el Reino de Prusia, nos brinda una aproximación a su profundo malestar:

...te juro que se me ha vuelto imposible seguir viviendo. Mi alma está tan herida, ¿me creerás?, que no puedo asomarme a la ventana sin que me lastime la luz del día. Algunos dirán que estoy agotado por un exceso de trabajo, enfermo, pero tú sabes apreciar las cosas desde un punto de vista diferente al suyo. Desde muy joven he vivido en amistad con la belleza y la nobleza, por ello la menor aspereza, eso que apenas hiere al hijo del vecino, a mí me afecta de forma profunda y duradera.

Cierto que la realidad política también ayudó a que su espíritu vital languideciera. Miembro de una fami-

lia cuyos blasones pertenecían a la casta militar prusiana, y viniendo él mismo, derrotado, del frente de guerra contra Napoleón, no puede menos que expresar su terrible decepción ante lo que él ve como una traición de la monarquía y la infame complacencia de muchos sectores de la sociedad prusiana de cara a la ocupación napoleónica:

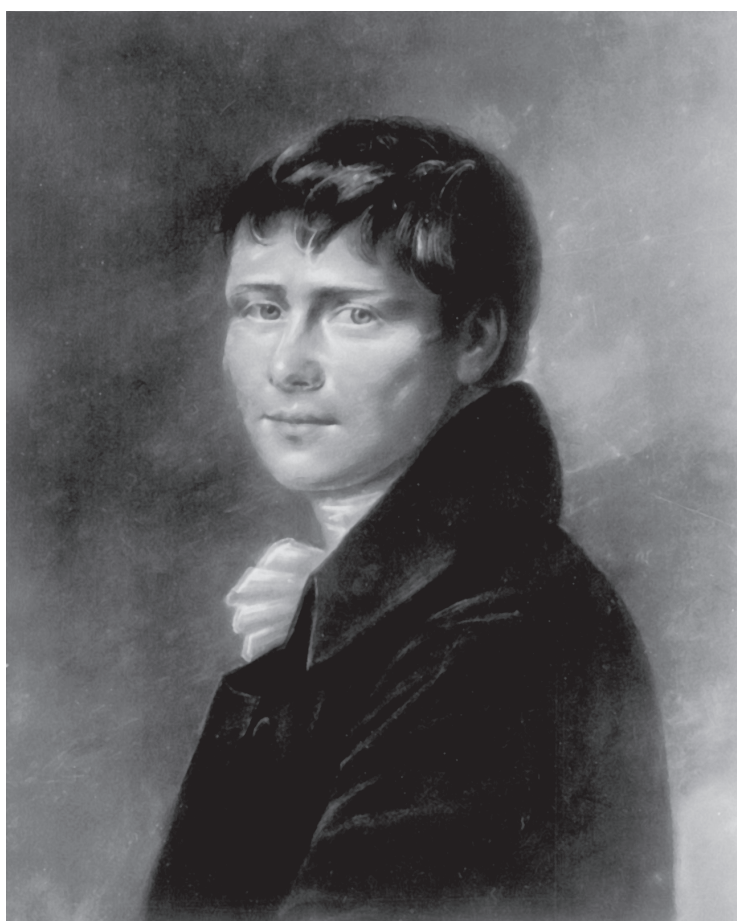
La alianza de nuestro rey con los franceses me repugna de una manera que no puedo expresar. Hasta los rostros de las personas con quienes me cruzo en la calle me parecen siniestros; a partir de ahora van a provocarme un rechazo físico que sería indecente nombrar. Sé muy bien que no he contado con mayor fuerza que ellos para oponerme al curso de las cosas, pero también que existe en mi corazón una voluntad que falta en quienes me hicieron esa objeción espiritual [...] No estamos muy lejos, me temo, del tiempo en que nos colgarán del extremo de una soga, condenados por lealtad, fidelidad, desinterés y coraje.

Kleist no encontró la soga, pero sí pasó en 1807 unos meses en prisión en el Fort de Joux y luego en Chalons sur Marne, a donde los franceses lo envían acusado de espionaje. Es liberado cuando Prusia y Francia firman la paz, pero el resentimiento por este episodio no desaparecerá en los pocos años que vivió después.

LOS ADIOSES

La idea de matarse es comunicada por Henriette (Adolphine Vogel) y Heinrich von Kleist a varias personas. Éste le escribe en primer lugar a su prima: “En medio del canto triunfal que entona mi alma al aproximarse el postrer instante [escribe dos días antes de poner fin a su vida], pienso en ti como nunca, sintiendo la necesidad de sincerarme lo más posible contigo, Marie, el único ser cuyos sentimientos y juicios me interesan [...] Debes saber, pues, que mi única ocupación gozosa es dar ahora con una tumba muy profunda para ser enterrado con ella [con Henriette]. ¡Adiós por última vez!”.

A Sophie Müller, Kleist le escribe con el dejo orgulloso de quien abandona por propia mano este mundo convencido de que lo que viene será mejor, incluso luminoso: “Adiós, nuestra querida amiga, sea usted feliz en este mundo, si puede serlo. En cuanto a nosotros, ya no queremos estas alegrías; sólo soñamos con inmensidades luminosas y celestes entre cuyos fulgores nos solazaremos con grandes alas en la espalda [...]”. Y finaliza su misiva pidiéndole, como el legado de un misionero que se sabe perdido, que lo recuerde “de vez en cuando y siga siendo el terrible soldado de Dios en reñido combate con la locura del mundo”.



Heinrich Wilhelm von Kleist

HEINRIETTE Y HEINRICH

¿Eran amantes? En todo caso lo parecían a ojos de un mundo que no podía comprender un amor tan intenso sin que fuera carnal. Se habían conocido dos años antes de su muerte; todo transcurre tan rápido que resulta increíble que se amen tan profundamente y que al propio tiempo anhelan poner fin a sus días juntos. Sin duda es parte del mismo proceso que los arrastra “con una fuerza inefable e irresistible que no puedo expresar”, como dirá el mismo Kleist a su prima Marie. Sin embargo, hay que hacer notar que Henriette estaba condenada a morir por un cáncer cuando tomó la decisión de adelantar su final al lado del escritor.

Con todo, el de ellos es un amor que los une con un raro propósito: separarlos simultáneamente de este mundo. Y es también a su prima Marie, por quien Kleist llegó a sentir un afecto muy especial, a quien trazará el perfil exacto de sus sentimientos: “Soy arrastrado por una fidelidad vertiginosa que nunca antes había conocido, y no puedo negar que compartir una tumba con esa mujer [Henriette] me atrae más que el lecho de todas las emperatrices del mundo”. Aun con la muerte, el amor puro es superior al amor que goza y disfruta de la vida, parece decirnos con su singular resolución el poeta.

Por su parte, en la despedida que dirige a su marido, Louis Vogel, Henriette documenta una pasión única, ferviente y límpida: “No llores, no estés triste, mi gene-

roso Vogel, pues voy a morir de una muerte con la que han sido privilegiados muy pocos seres humanos. Enajenada por el más profundo amor, voy a cambiar la felicidad terrenal por la dicha eterna [...] Piensa en la generosidad de mi amigo, que lo ha sacrificado todo por mí —aun su propia vida— y que hasta hace un supremo sacrificio: aceptar darme muerte con sus propias manos...”.

Cabe añadir que esta mujer, enferma terminal, dejará anticipadamente no sólo a su marido, sino a su pequeña hija, que es encomendada al cuidado de su amiga Madame Manitiuss (“Vas a hacerlo, ¿verdad? ¿Te ocuparás de ella como si fueras su mamá? Si así lo haces, ¡qué tranquila voy a estar!”).

MÍSTICOS

La naturaleza de su relación no admite muchas dudas. Se amaban, sí, pero de un modo sólo concebible cuando se asume la trascendencia de la muerte: hay otra esfera más allá de lo que sabemos y sentimos por la que la verdadera vida (la vida eterna, claro) se realiza.

A ese respecto, el testimonio de Ernst Friedrich Peguilhen, amigo de ambos, es de suma utilidad:

El señor Von Kleist simpatizó desde un principio con la señora Vogel, que compartía con él el gusto por las especulaciones religiosas más nobles [...] Ellos cantaban y tocaban juntos al piano corales religiosas [...] había entre ellos una simpatía anímica y un amor espiritual que se elevaron hasta tal grado de exaltación mística que la disolución de sus cuerpos pronto se les presentó como un fin apetecible.

Ayudados por la fe que les proveía ese sistema de “especulaciones religiosas más nobles” en el que se identificaban, es decir, la convicción de que hay una dicha ultraterrena que nos aguarda, ellos deciden acelerar fatalmente su destino, incluso manifestando alegría y esperanza.

Amigo y discípulo de Kleist, el joven Edouard von Bülow relató lo hermosa que les parecía la idea de morir, ella a manos de él. “Cierta día en que ella había cantado especialmente bien, vino a labios de él, en su entusiasmo, una expresión del lenguaje de los estudiantes: ‘¡Qué bello sería —exclamó— meterse una bala en el corazón!’”. Al oír aquel juramento de estudiantes por demás burdo, Heinriette se le quedó mirando en silencio; luego dio un giro a la conversación. Sin embargo, más tarde, cuando estuvieron a solas, ella le sacó a colación su exclamación; también le pidió que tuviera presente su promesa de que nunca se negaría a prestarle un servicio si ella se lo pedía, costara lo que costara”.

El *servicio* que le prestó con absoluta caballerosidad hizo que ella terminara por compartir (aunque sus restos no yacen junto a los del escritor) el epitafio inscrito en la tumba de Kleist: *Ahora, ¡oh inmortalidad!, eres toda mía.*

UN ESCÁNDALO

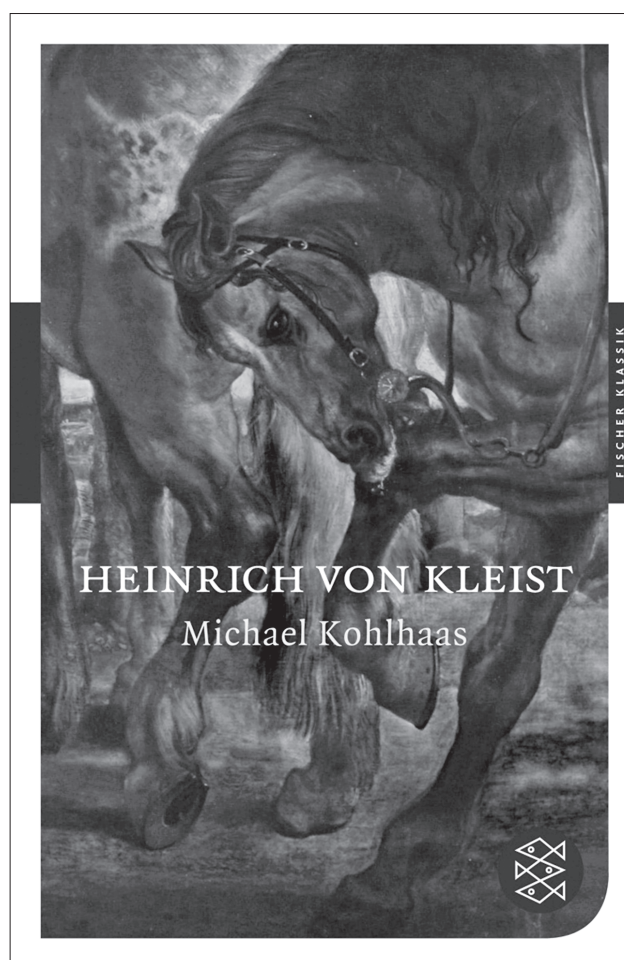
Desde Camus sabemos que el suicidio es el problema por excelencia de la filosofía. El shakespeariano *ser o no ser* queda incluido en esta visión que aborda la libertad frente a la muerte como un elemento medular de nuestra existencia. De manera inexorable moriremos, pero siempre podemos decidir dejar este mundo en cualquier momento, de la forma en que queramos, violentando cualquier designio divino o cuestionando abiertamente la idea de que el destino está escrito por algún ser supremo. Por eso el suicidio, entre otras cosas, no les gusta a las religiones: todas aborrecen la posibilidad de que, estatuyéndose por un momento en un ser omnipotente para sí mismo, alguien ponga por su propia mano fin a sus días. Morir cuando quiere uno, no cuando Dios lo tiene previsto, resulta imperdonable para el pensamiento religioso.

Así que debemos considerar las dimensiones que cobró, al despuntar el siglo XIX, el suicidio en pareja de Heinrich Wilhelm von Kleist y su querida Heinriette. Por los documentos que se pueden consultar, antes que como tragedia, la muerte de ambos fue vista como un escándalo, un atentado contra las buenas costumbres y una provocación enfermiza contra la voluntad de Dios.

El diario *Le Moniteur* registraba así los acontecimientos:

Muy lejos se encuentra el público de admirar, o sencillamente de aprobar, tal acto de demencia. Una apología del suicidio por parte del señor Peguilhen, consejero militar, ha despertado una indignación unánime en todas las personas dueñas de principios religiosos y morales. La censura ha sido criticada por no evitar la publicación de una noticia donde el suicidio y el asesinato son presentados como acciones sublimes. Hasta se ha llegado a pedir que el señor Peguilhen sea castigado por el gobierno por atreverse a publicar semejantes consideraciones, en su calidad de funcionario público. El esposo también ha sido criticado por haber provocado un escándalo a partir de un desastre sobre el que más le hubiera valido tender un tupido velo.

Efectivamente, el buen amigo de los suicidas, Peguilhen, dio noticia de su muerte sin reparar en la susceptibilidad social y los descomunales prejuicios que le exigirían prácticamente desdecirse so pena de perder el empleo.



La escena de dos cuerpos, cada cual con un tiro; un marido y una hija abandonados; familiares y amigos desconcertados, hundidos primero en la incredulidad y después en el pesar más grande; todo eso resultó ser demasiado para una Europa que apenas comenzaba a pergeñar el conservadurismo decimonónico.

No falta un personaje cercano a la corte que haga gala de toda la moralina de la época:

He leído en el periódico de ayer, con el mayor disgusto, el elogio público de un asesinato y de un suicidio cometidos simultáneamente la semana pasada. Si en lo sucesivo, personas que han perdido todo sentido moral cuentan con licencia para publicar, en una hoja que puede caer en todas las manos, sus desnaturalizadas opiniones, haciendo patente de ese modo un insolente desprecio hacia todos aquellos que piensan rectamente, entonces todos nuestros empeños por hacer que renazcan la moralidad y la religiosidad en el pueblo se encaminarán al fracaso...

Lo dicho: un escándalo.

¿ROMÁNTICO?

¿Era Kleist un romántico? No todos lo consideran tal. Sin embargo, Rüdiger Safranski en su obra *Romanticis-*

mo. Una odisea del espíritu alemán (Tusquets, 2009), señala: “Si tomamos como base la definición de Carl Schmitt, según el cual son románticos aquellos que de ‘forma ocasionalista’ toman la realidad respectiva como ocasión para desencadenar imaginariamente su propio yo, entonces Kleist, especialmente en aquellos tiempos de excitación política, fue un romántico genial con el extremismo de sus sentimientos y el absolutismo de su yo”.

La entrada de Kleist al romanticismo, Safranski la ubica a partir de que en su pecho “bulle el odio”. Como referimos antes, a Kleist le duele el mundo, pero especialmente el prusiano, sometido por el expansionismo napoleónico; ese malestar no tarda en convertirse en un resentimiento muy vivo y atemorizante, que en el plano de su creación literaria le permite proponer escenas de violencia y crimen más o menos de modo *natural* (o justificado: matar al mismísimo Napoleón es una idea que sobresale en su oda *Germania a sus hijos*).

Pero lo que resulta claro es que Kleist vive y muere como un personaje romántico. Su residencia estética es ésa y consigue hacerla valer exaltadamente pretextando una posición nacionalista que no encontrará eco en su momento. Mucho tiempo después, con el ascenso de Hitler al poder, Kleist será uno de los autores reivindicados grosera y manipuladoramente por el nazismo.

Casi todos los escritores de vida breve tienen como común denominador la capacidad para concentrar su talento en unos pocos años, como si advirtieran su precoz final. Pienso en casos obvios como el de Rimbaud (que incluso, si nos atenemos al hecho de que abandonó la poesía para emprender una desastrosa aventura en pos de riquezas materiales que lo llevaría hasta África, pudo morir antes) o, más extremo aún, el de Raymond Radiguet (quien muere apenas a los veinte, pero habiendo ya escrito *El diablo en el cuerpo*).

La obra de Kleist cumple también con esta observación: cuanto más se acerca el final del autor, más parece intensificarse; en apenas una década consigue toda la trascendencia que hoy le es reconocida a través de un puñado de textos, nada voluminosos por lo demás: *La marquesa de O* (1805); *El terremoto en Chile* (1808); *Penthesilea* (1805-1807); *Anfitrión* (1806) y la novela *Michael Kohlhaas*, entre los más sobresalientes.

Sin embargo, más que escribirla, el atormentado Kleist vive la desesperación, la extrañeza frente a su época, haciendo que todo cobre una dimensión vertiginosa y sin salidas. Para Rüdiger Safranski, el hecho de que en él *bullera* el odio y de que en algunas de sus obras la fantasía de matar estuviera presente, “no resultan de la enemistad con ésta u otra realidad, sino de la enemistad con la realidad en general, en cuanto ésta se resiste a su exigencia de intensidad. Sólo se sentía vivo en la tensión de todas las fuerzas relacionadas con la atención, la percepción y la creación. Le perseguía el pánico al vacío, que podía precipitarse lo mismo desde dentro que desde fuera”.

Para hacerlo constar, Safranski cita el fragmento de una carta enviada a Wilhelmine von Zenge, la que llegaría a ser su esposa:

Deambulaba inactivo en mi habitación, me acerqué a la ventana abierta [...], apretaba mi cabeza contra el cojín del sofá, un vacío inefable llenaba mi interior, había fracasado también el último medio de elevarme.

Las palabras de esa carta constituyen el presentimiento más claro de un desencuentro irremediable, fatal con el mundo. En su libro *La lucha contra el demonio* (Acantilado, 1999), Stefan Zweig liga el destino de Kleist al de otros alemanes singulares: el poeta Friedrich Hölderlin y el filósofo Friedrich Nietzsche. Su asociación es comprensible desde la perspectiva de la tragedia vital de cada uno de ellos: demasiada sensibilidad y lucidez que sólo pueden devenir suicidio y pérdida de la razón.

Zweig integra este drama en las páginas iniciales de su libro: “Los tres pasan por el mundo cual rápido y lu-

minoso meteoro, ajenos a su época, incomprensidos de su generación, para sumergirse después en la oscura noche de su misión”.

UNA LEYENDA

En su corta existencia, Kleist prefigura también una leyenda: amante o no de Heinriette Vogel, su suicidio en pareja los pone de cara a los grandes binomios amorosos de todas las épocas; nacionalista iracundo o no, su encendida pasión política es sinónimo de honestidad y consecuencia; romántico o no, su vida y obra despiertan el mayor interés doscientos años después en obras cinematográficas como *La marquesa de O*, del director de cine francés Éric Rohmer o incluso en libros inexistentes (acaso para alimentar la leyenda).

Fue Jacques Bonnet, en su libro *Bibliotecas llenas de fantasmas* (Anagrama, 2010), quien documenta esto último. Ahí cuenta:

...conservo como oro en paño un extraño objeto cuyo misterio espero algún día resolver. Se trata de *Sagesse et chimères*, de René Bertrand, con prefacio de Jean Cocteau, publicado por Grasset en 1953, pero con una portada blanca de Gallimard que no tiene nada que ver, puesto que es la de *Kleist ou la fascination de la mort*, de un tal Jean-Martin Pradès. Esto se podría achacar a un error de producción, a un intercambio de portadas, curioso se mire como se mire, entre un libro de Gallimard y uno de Grasset, pero dos detalles complican más el problema: el “acabado de imprimir” indica un impresor [...] y la portada otro. Y, sobre todo, no hay ningún rastro en el catálogo de Gallimard de obra alguna sobre Kleist cuyo autor sea Jean-Martin Pradès, ni tampoco en ninguna otra editorial, ni en ninguna bibliografía de Kleist, ni siquiera en la Biblioteca Nacional de Francia. Y, dicho sea de paso, ningún rastro en ningún sitio del tal Jean-Martin Pradès. ¿Por qué este libro de Grasset con una portada de Gallimard de una obra inexistente de un autor desconocido? ¿De dónde sale un volumen tan insólito?

Nadie sabe, pero no es aventurado suponer que tras la respuesta a las interrogantes de Bonnet, sea cual sea, esté la enorme fascinación por este personaje que sólo consiguió ser feliz al momento de quitarse la vida, como se lo dijo en una carta a su amiga Marie:

¡Ah, te lo juro, ahora estoy completamente dichoso! En la mañana y en la noche me arrodillo, como nunca antes pude hacerlo, y ruego a Dios. Ahora sí puedo darle gracias por esta vida, la más atormentada que hombre alguno haya vivido, porque Dios la ha recompensado con la más espléndida y voluptuosa de las muertes. **U**